

El curioso caso de Román Valtierra

Guillermo Sullivan



Capítulo 1

El curioso caso de Román Valtierra

A pesar de que la tristeza había embargado el corazón de Isaura, ella siguió embocada en la limpieza de su casa, era uno de los pocos secretos que heredó de su madre, sin duda, ocupar la mente en alguna actividad, atenuaba los efectos de la melancolía. Después de barrer y trapear, se dispuso a lavar la ventana de su habitación, cuando en ese preciso momento, luego de abrirla, un palomo se posó sobre el alféizar de la misma. Era un palomo con una mirada triste, y daba la impresión de que había recorrido una gran distancia para llegar hasta ahí; Isaura tomó una toalla que estaba encima de una silla artesanal, y la espantó con bruscos ademanes para que se fuera. Una vez que ya había lavado la ventana, Isaura la cerró, y luego se sentó en la silla, que estaba frente a la misma. Por extrañas razones, el palomo seguía husmeando alrededor de la ventana, como si quisiera entrar a toda costa; Isaura lo contempló por un instante, luego volvió a abrir la ventana y nuevamente el palomo se posó sobre el alféizar; ambos se miraron, después, el palomo alzó el vuelo hasta el espaldar de la silla artesanal nuevamente. «Qué quieres, carajo», le dijo ella. Si bien, el palomo denotaba cierta simpatía por Isaura, también en sus ojos había un sedimento de tristeza. Pero después de pensar las cosas, cayó en la cuenta de que esa ave era en realidad algo más que un simple palomo, sino el resultado de un acontecimiento sobrenatural. De pronto, los recuerdos la asaltaron, y sintió un nudo en el estómago. En efecto, ese palomo tenía un significado importante en la vida de Isaura...

Un tiempo antes

Isaura y Román se conocieron en una cafetería. Ambos tenían veinticinco años, y quizá sus vidas estaban unidas más allá de un simple accidente. El caso fue que Román derramó su café en el vestido nuevo de Isaura, en el

preciso momento en que ella intentaba tomarse un selfie con su celular, ese pequeño incidente los llevó a una discusión, y días después ya estaban empezando a trabar algo más allá de una amistad fortuita, sino una relación. Y con el pasar de los meses, Isaura y Román ya eran una pareja de novios casi definida.

Por su parte, Román era hijo de Salvador Valtierra, un mecánico con cinco hijos, y quien Román era el quinto. Salvador era un jugador de póker compulsivo, y en su obstinación por ganar dinero fácil, vendió su propio riñón para seguir apostando. Román y sus cuatro hermanos empezaron a darle la espalda a su propio progenitor, lo veían como un ser enfermo y sin remedio, pues ya habían intentado redimirlo de su posición como apostador, pero sin ningún resultado. Un sábado por la mañana, Román encontró a su padre colgado de una viga de su habitación, la confusión y el desconcierto los envolvieron a todos, ya que no tenían una idea por la cual decidió quitarse la vida, y poco tiempo después, la respuesta llegó de la forma menos esperada. En efecto, Salvador vendió la casa a un grupo de rufianes sin oficio ni beneficio, eran tres hombres de aspecto escuálido, y al momento les mostraron toda la documentación en que –efectivamente–, Salvador les vendió la casa por el precio de trescientos mil pesos, la firma en el documento era innegable, y tuvieron que capitular ante la orden de un juez en que les indicaban que tenían siete días para desalojar la vivienda. Desde entonces, Román y sus cuatro hermanos buscó cada quien su propio destino, algunos se acomodaron con algunos de sus familiares, y otros buscaron un mejor futuro en otras tierras. Sin embargo, Román decidió quedarse en la ciudad haciendo lo único que sabe hacer: cocinar.

Román era un ser afable, de mirada infantil, usaba un cabello corto y algo rizado; tenía la piel clara al igual que su padre y su ya fallecida madre, y desde muy pequeño tenía un gusto por las artes culinarias, y casi todo lo que sabía de cocina lo aprendió por medio de tutoriales en internet; y nunca le faltó trabajo en algún restaurante de mediana categoría, pues con el pasar de los años y su experiencia, logró trabajar en “La fauna”, el mejor restaurante de la ciudad.

Un día..., mientras Isaura y Román se paseaban por la feria de la ciudad, se sacaron un premio, un gran oso de peluche, y era tan grande que tuvieron que llevarlo casi a rastras, pues no cabía en el autobús de transporte. Dos días después, lo cambiaron por una silla artesanal, una silla que según el vendedor perteneció a Emiliano zapata, aunque ni Román ni Isaura lo creyeron, aceptaron el intercambio por el solo hecho de que a Román le gustaba tal silla. Estaba decorada con una serie de líneas muy bellas, y el espaldar tenía un lobo de dos cabezas, y aunque no era nueva, estaba muy bien conservada; igualmente estaba finamente barnizada de un color caoba. Isaura se quedó con ella, y siempre que Román la visitaba a su casa, le decía: «aquí está mi trono, y cerca de mí está mi reina». Al final de esa frase, terminaban dándose un beso

apasionado.

Alrededor de la media noche, mientras Román dormía en su habitación –que era un cuartucho que rentaba por un bajo precio–, soñó con un extraño hombre de sombrero puntiagudo y de una negra túnica empolvada, y poseía en sus ojos una mirada profunda y malvada; Román se sintió conminado con el sólo hecho de sentir su imponente presencia onírica. Curiosamente no podía despertar del sueño, como si aquel bizarro personaje lo poseyera con alguna fuerza desconocida. Y de pronto..., aquel misterioso hombre lanzó sobre Román un sortilegio, un juego de palabras que Román no pudo entender, sólo en ese preciso momento, en el que trataba de luchar contra la naturaleza del sueño, despertó empapado en un sudor frío. Esa misma tarde, tras recuperarse de los efectos de la tribulación, le contó su sueño a Isaura. Luego de una pequeña conversación sobre el tema, ella lo convenció para que acudieran con su abuela, quien era una mujer de avanzada edad, pero de una larga experiencia en los temas del esoterismo. Doña Eulalia, la abuela, le hizo una limpia a Román con pócimas, hierbas, y un huevo de gallina, y después le entregó un pequeño amuleto, que según ella, era para protegerlo de las identidades malignas que abundan en este mundo.

Entre tanto, la ciudad resplandecía a través de su gente, de sus festines diurnos, del alborozo de los domingos de fiesta, y de los mimos y arlequines, también, como parte del entreacto, había grupos de músicos de diversos géneros, como el rock, la cumbia, la salsa, el jazz y muchos más, aunque eran tiempos difíciles, el espíritu de la ciudad mostraba su mejor cara ante la adversidad.

Por aquellos días, en los que Román se paseaba por la ciudad, dos hombres misteriosos lo siguieron hasta una calle solitaria de la zona céntrica, venían conduciendo un Cadillac negro; se apearon y uno de ellos le dijo:

–Así que tú eres hijo de Salvador...

Román lo miró con el ceño fruncido.

–Disculpe, señor –le dijo Román–, ¿acaso nos conocemos?

–Por ahora no, amigo –repuso el hombre con un tono amenazante–, pero muy pronto nos vas a conocer.

–Si usted lo dice... –dijo Román.

–Voy a ir al grano, muchacho –le dijo el hombre–. Tu padre dejó deudas de juego considerables conmigo. Doscientos mil pesos. No quisiera

asustarte, pero tú tendrás que pagar por él.

–¿Acaso estás pendejo? –dijo Román.

–Cuida tu lengua, amigo; sé donde vives –dijo el hombre–. No te recomiendo que nos tengas como enemigos. Ya escuchaste lo que te dije, y considéralo como la primera advertencia, sólo te daré dos avisos, después del segundo..., ya puedes irte despidiendo de este pinche mundo.

Román se inmuto por un momento, luego reaccionó.

–Si quieres dinero... ¡trabaja, pedazo de mierda tóxica! –dijo Román.

–Ya estás advertido, muchacho –dijo el hombre–. Me costó mucho trabajo encontrarte, pero estoy seguro de que entenderás. Soy Ignacio Gamboa, y aquí mi compañero se llama Misael, y no nos gusta que nos contradigan. Hasta pronto.

Luego de proferir las últimas palabras, los dos hombres se subieron al automóvil y se marcharon.

Tal vez la reacción de Román fue valiente, por tratarse de la mafia, pero honestamente estaba atemorizado, y durante el resto del día se encerró en su habitación, y dejó de ir a trabajar durante dos días. Un compañero –que era ayudante de cocina donde se desempeñaba Román– fue a buscarlo hasta su casa. Román ni siquiera se levantó de la cama después de escuchar los toques en la puerta, sino que al día siguiente se presentó en el restaurante, les explicó su situación, y el gerente del lugar, que era un ser humano con un gran corazón, comprendió su situación y le dio siete días de descanso para buscar una solución a su problema.

Ahora la postura de Román respecto a la memoria de su padre era más rígida; nunca imaginó que llegase a odiar a un muerto. Si bien, respetar y honrar a nuestros padres es una obligación moral, también supo que hay límites donde se denotan las directrices de la razón para no hacerlo.

Queriendo borrar todos los malos recuerdos de un solo golpe, se bebió una botella de tequila, luego salió a perderse a la calle, se cayó dos veces y se golpeó en la cabeza, luego caminó dos horas por un boulevard muy transitado, y finalmente amaneció frente a la puerta de Isaura en medio de un charco de sus propios vómitos. Ella y sus dos hermanos lo levantaron y le dieron un baño de agua fría, y no fue sino hasta el día siguiente cuando empezó a recobrar la conciencia, pues el nivel de alcohol en su sangre era alto. Isaura sólo pudo pensar que la muerte de su padre era el mayor de los salvoconductos para que Román se embriagara de esa manera, así que nunca se lo reprochó, le preparó un guisado picante y lo lidió como a un niño. Esa misma noche Román la puso al tanto de su precaria situación, le explicó que su vida corre peligro, y que tal vez sus

días están contados.

–Tienes que marcharte de la ciudad –le dijo ella–, es la única solución.

–No, Isaura –le dijo él–, yo nací aquí y aquí me muero, no me importa si tengo que hacerle frente a esos malvientes.

–No tiene sentido lo que me dices –le dijo ella–. Esas personas sobornan a las leyes, amor.

–Pues si me matan –dijo él–, por lo menos me llevo a uno. He estado pensando en comprar un revólver.

–No, Román –dijo ella, con lágrimas en los ojos–, no te ensucies las manos con ese tipo de gente; piensa en el dolor que me vas a causar al verte sin vida con el cuerpo lleno de balas en una calle de mala muerte, piensa en esa posibilidad, Román...

Se produjo un largo silencio..., una atmósfera de incertidumbre, de temor y de angustia.

Esa misma tarde, de regreso a su morada, Román estuvo pensando largamente; se sentó en la orilla de la cama, y se hizo una infusión de siete azares. Quizá su solución estaba en marcharse junto a Isaura, pero eso implicaría involucrarla en un peligro, y por más que le daba vueltas al asunto llegó a la misma conclusión: no podía huir de la ciudad que amaba y lo vio crecer. En esas estaba cuando alguien tocó en la puerta. Román la franqueó con mucha cautela y con un bate de béisbol en sus manos. Se sorprendió: era Alfonso Valtierra, uno de sus cuatro hermanos; ambos se dieron un abrazo.

–Cómo supiste donde vivía –le dijo Román.

–Acudí a los mejores restaurantes de la ciudad –dijo Alfonso–, y alguien que te conoce me lo dijo.

–Bueno, lo importante es que me encontraste –dijo Román– ¿Y qué me dices de mis demás hermanos?

–No lo sé –dijo Alfonso–, desde lo que pasó con nuestro padre, no los he visto.

–Pasa, por favor –dijo Román–, enseguida te traeré una cerveza.

Por alguna razón, Alfonso y Román eran dos hermanos que se entendían muy bien, incluso más que sus demás hermanos. A lo largo de esa tarde, ambos se embocaron en una larga conversación, sin embargo,

Román no pudo callar su actual situación, y al igual que Isaura, y que cualquier persona en su sano juicio, Alfonso le dijo: «márchate de la ciudad». Pero la respuesta de Román fue un largo silencio que atravesó toda la habitación, y que parecía dejar una estela de duda e incompreensión. No asimilaba esa respuesta. Y después de beber algunas cervezas, Alfonso se marchó al caer la noche. «Me voy para la ciudad de México», le dijo, «pero regreso para finales de este año». La respuesta de Román fue una sonrisa en su rostro, con un sedimento de tristeza, y al tiempo que asintió con la cabeza.

Al día siguiente, mientras Román caminaba por una calle solitaria, se encontró con Grimaldo Calavera, su mejor amigo de la infancia, lo cierto era que ya había pasado casi diez años sin verse.

–¡Román! –dijo Grimaldo–, ¡Cuánto tiempo sin verte, amigo!

–Muchos, amigo –dijo Román–. ¿Dónde habías estado?

Grimaldo se quedó en silencio por algunos segundos, luego reaccionó con su mejor cara.

–Estuve en la cárcel, Román –dijo–, pero el pasado qué importa.

Román lo miró a través de otra cortina, desde la postura de un espectador que no ha asimilado una escena teatral.

–Bueno, lo importante es que estás libre, y yo nunca olvido un amigo –dijo Román–. Te invito a mi casa para tomarnos unas cervezas, ¿qué dices?

–Es lo mejor que he escuchado en mucho tiempo –dijo Grimaldo, con un brillo en los ojos.

–Vayamos, pues –repuso Román.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que ambos recordaran viejas historias del pasado. Durante la época de estudiantes de secundaria, Grimaldo solía defender a Román de los buscabullas; no obstante, en una de aquellas peligrosas contiendas juveniles, Grimaldo recibió un golpe con un tubo de metal en la cabeza. Estuvo hospitalizado dos semanas, y dicen quienes lo conocían mejor, que ya nunca fue el mismo, pues su personalidad se modificó drásticamente, pero para Román siempre fue como otro hermano, y al que siempre respetó.

–Sabes, he estado pensando en un negocio –dijo Grimaldo–: tengo algunos ahorros, y podríamos asociarnos para iniciar un restaurante

propio, y en el que tú y yo seríamos los jefes.

–A qué te refieres exactamente –preguntó Román.

–Bueno, tengo un local disponible que heredé de una tía, y también algo de dinero –dijo Grimaldo–. No conozco mucho sobre el negocio, pero podría aprender, yo me encargaría de proveerte todo lo necesario para el buen funcionamiento del restaurante, y tú harías el papel de gerente, y sobre los egresos, pues iríamos a sesenta y cuarenta por ciento, ¿qué te parece mi idea?

–Me parece una idea genial –dijo Román–. Cuenta conmigo.

–Bueno, entonces que no se habló más el asunto –dijo Grimaldo–. En estos próximos días te aviso para ir acondicionando el local, y también para realizar la compra de mesas, sillas, cubiertos y demás cosas.

–¡Perfecto! –dijo Román.

Esa misma tarde, Grimaldo Salió a buscar algunos amigos, mientras Román se dispuso a visitar a Isaura. Habían pasado cinco días desde que Román llegó a la puerta de su casa en total estado de ebriedad. Pero el amor lo perdonaba todo. Mientras Román bebía una limonada con hielos en su silla favorita, Isaura escuchó los nuevos planes de su novio, aunque, ella disintió de sus proyectos.

–Tu vida corre peligro en esta ciudad, Román –dijo ella–, debes marcharte, por lo menos por algún tiempo.

–Lo que pasa es que no me entiendes –dijo él–, un negocio propio deja mucho dinero, amor. Tal vez puedo arreglarme con esos matones, y podrían darme un plazo más largo para pagarles lo que me piden.

–Hazlo, y te pedirán otra cantidad de dinero más grande –dijo ella–, te lo puedo asegurar, esas personas no se tientan el corazón.

–Al parecer nunca nos entendemos –dijo él con un tono molesto, al momento de levantarse de la silla.

–Para mí todo está claro –dijo ella–, pero si quieres arriesgar tu vida, allá tú.

Román la miró durante unos momentos con el ceño fruncido, luego dijo:

–Pues así lo haré –dijo él finalmente–. Y si quieres, aquí terminamos

nuestra relación.

–Pues terminamos, y punto –mintió ella.

–Perfecto! –dijo él, al momento dirigirse a la puerta y marcharse.

Al día siguiente, Román tomó la decisión de renunciar a su trabajo, no sin antes recibir una compensación por sus varios años de desempeño laboral, fue tal vez la decisión más difícil, por el hecho de dejar atrás muchos recuerdos y rostros amigables; quizá el restaurante La Fauna fue su mejor escuela, y el que le confirió los conocimientos necesarios para abrirse paso en el mundo de la cocina. Para bien o para mal, ahora tenía un puñado de billetes en su mano y decidió gastarse la mitad en Isaura, la mujer que más amaba en este mundo.

Hicieron las paces, y se olvidaron de las penas. Después vieron películas en casa de ella, y entre escena y escena se prodigaron dulces besos, pues al final de cuentas, Isaura le perdonaba toda a Román, hasta el hecho de desafiar su suerte frente a un dúo de malvivientes, como los eran Ignacio Gamboa y Misael.

En contraste con el amor, Ignacio Gamboa estuvo haciendo de las suyas, pues ya era famoso en la ciudad por sus múltiples crímenes, en lo que iba de la semana ya había matado a catorce inocentes, dos padres de iglesia, y a un anciano de ochenta y tres años, su pasado era oscuro como su alma. Fue el hijo de una prostituta a la que asesinaron a navajazos en un callejón de mala muerte, y con el pasar de los años, tuvo varios padrastros, y el último de ellos lo aleccionó en el oficio de la delincuencia y el robo. A sus quince años ya tenía un largo historial delictivo, y a los veinte había matado a su única familia, la familia que lo adoptó. Poco a poco su mente se adaptó a un entorno subversivo y pernicioso, hasta el grado de que a sus treintaicinco años ya era el jefe de una corporación delictiva que operaba en la ciudad. Su nombre era sinónimo de terror y muerte.

Al cabo de siete días de haber amenazado por primera vez a Román, Ignacio se presentó en su casa junto con su compinche Misael, era un martes por la mañana, y los toques en la puerta retumbaron hasta en la ventana de Román.

–Otra vez usted, señor –dijo Román, al abrir la puerta.

–Vengo por el dinero –dijo Ignacio.

–Lo siento, pero no tengo lo que me pide –repuso Román.

Ignacio le mostró la escuadra que tenía fajada en el pantalón, y le dijo:

–Muy bien, muchacho –dijo Ignacio–. Esta es la segunda advertencia, y recuérdalo, se acabaron las oportunidades. Tu muerte llegará en el momento menos esperado. No por nada se mató tu padre... Hasta pronto...

Román cerró la puerta con un temblor de manos, y con los tumbos en el corazón, era como la sensación de padecer una enfermedad terminal, a la cual, algún día sucumbiría. Cabía la posibilidad de recurrir a la policía, pero igualmente ésta estaba vinculada con la mafia; era como estar entre la espada y la pared. No obstante, sólo había algo que importase para Román, y era su amor por Isaura, ese sentimiento lo hacía sentir vivo y con los pies en la tierra, y con las ganas de luchar por ello.

Al día siguiente, y tras los efectos del temor, Román volvió a soñar a aquel extraño personaje de sombrero puntiagudo y de una oscura y empolvada túnica; daba la impresión de que era un ser de las artes adivinatorias, o quizás un nigromante, pero lo más impactante era que Román –en ese sueño–, era presa de una fuerza a la que no podía revelarse, y de nueva cuenta, al final del sueño, aquel personaje lanzó un sortilegio sobre Román, como si de un momento a otro, algo hiciese enfadar a aquel misterioso personaje.

Entretanto, la ciudad estaba fascinada con un grupo de músicos bizarros con extraña vestimenta –y que según ellos–, mostraban música alienígena, lo cierto era que entre sus instrumentos musicales no había ninguno solo tradicional, sino que eran instrumentos hechos por ellos mismos, y eran tan raros que entre ellos, que había tambores rectangulares, flautas de cristal, y guitarras cuadradas con algún objeto interior en la caja, y cuyo sonido era fuera de lo común. También como parte del entreacto musical, había una cantante que cantaba en un idioma desconocido para todos, el público recibió con beneplácito el muestreo musical, y al terminar de tocar la última pieza, todos aplaudieron con entusiasmo. El evento se realizó en una calle popular de la zona céntrica, y fueron tres las tandas, y al anochecer dieron la última. Y por una casualidad del destino, mientras Román rondaba por el lugar, tres personas conocidas lograron divisarlo de entre la concurrencia: eran sus tres hermanos de sangre, Leopoldo, Miguel y Javier, le traían malas noticias. En efecto, su hermano Alfonso Valtierra había muerto hacía dos meses.

–¡Pero eso imposible! –exclamó Román–, hace algunos días vino a mi casa.

–No, Román –dijo Leopoldo–, hace ocho semanas que murió nuestro hermano. Todo este tiempo te estuvimos buscando para informarte, pero hasta ahora te encontramos. Sabemos que tú y Alfonso se tenían una estimación especial, y por eso te venimos a informar. Lo siento mucho, Román. Su cuerpo fue enterrado en el panteón El Sagrado Corazón de Jesús, en la ciudad de México.

Fue por aquellos días en los que Román empezó a cuestionarse sobre los misterios de la muerte, sobre la posibilidad de que las ánimas tuvieran potestad sobre los vivos, y sobre la existencia de un ser omnipotente, en cierto sentido, Román no era creyente, más bien tenía una postura neutral en cuanto a sus creencias religiosas, también como parte de sus conceptos dogmáticos, creía firmemente en una vida después de la muerte, sin necesariamente estar vinculado a una religión en específico.

Al día siguiente, Román y Grimaldo se dispusieron a despachar el nuevo restaurante que había planeado. En efecto, todo fue tan rápido que Román ya estaba realizando sus mejores platillos frente a los comensales. Esa misma tarde, después de comer, Leopoldo, miguel y Javier se marcharon para la ciudad de México, –pues según ellos–, estaban trabajando en un supermercado con uno de los tíos.

Todo parecía marchar bien, excepto por el hecho de que Román en ningún momento le había revelado a Grimaldo su problema respecto con Ignacio Gambo, era algo que en realidad no quería confesar, dado que en última instancia, Grimaldo respondería con un reproche, y después de pensarlo y pensarlo una y otra vez, decidió callar.

Y así..., los días pasaron, y el restaurante “La Oveja de papel”, cuyo nombre fue dado por Román, siguió su buen funcionamiento. El tintineo de los cubiertos, el hablar y los murmullos de la gente, la música de fondo, las risas esporádicas, el pasar de las meseras; todo conformaba parte del nuevo restaurante. Y de pronto..., dentro de ese ámbito, Román cayó en la cuenta de que había perdido el amuleto que un día le había dado doña Eulalia, la abuela de Isaura, fue algo tan imprevisto, que hasta parecía que nunca le importó.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que Román acudiera con doña Eulalia, le hizo otro amuleto y también le echó la baraja, y al terminar de descifrar el resultado sobre su mesa redonda, doña Eulalia se santiguó.

–¡Ave María purísima! –dijo–. Aquí veo a un hombre muy poderoso y te quiere hacer daño.

–Sí, ya lo sé –dijo Román–, se trata de un mafioso que me tiene en la mira, es una de esas personas que andan delinquiendo por la ciudad, pero

yo espero arreglarme con él, todo es cuestión de tiempo.

–No, Román –dijo ella–, se trata de alguien mucho más poderoso.

–¿A qué se refiere? –preguntó él.

–Es alguien que sobrepasa mis límites de poder, muchacho –dijo ella–, será mejor que te andes con cuidado.

–¿Sí? –repuso él–. Entonces así lo haré...

Esa tarde, Isaura y Román salieron de paseo. Acudieron al cine y vieron una película romántica. Al parecer Román había superado sus temores, y empezó a despreocuparse de sus problemas, tanto así, que pasaron quince días desde que Ignacio lo había amenazado, y aparentemente el asunto había quedado en el olvido. Quizás Ignacio fue capturado y encarcelado finalmente, aunque nada era seguro.

Entre tanto, por aquellos días se suscitó un evento fuera de lo común. Así es. Dos semanas después de iniciar el proyecto del restaurante, Grimaldo fue descubierto al proveer carne de ser humano al establecimiento. Lo cierto es que Grimaldo también tuvo un pasado oscuro, y estuvo internado en un hospital psiquiátrico durante varios años, sin duda heredó una mediana cantidad de dinero, pero también un panteón en funcionamiento, fue de ese modo en el que tuvo acceso a los cuerpos inertes, pues durante las noches desenterraba cuerpos para luego utilizar su carne como alimento, y hasta algunas veces cometió necrofilia. El suceso se dio a conocer mientras una patrulla de uniformados hicieron una investigación en dicho establecimiento, y fue tanto el repudio y el asco de la gente, que un grupo de treinta comensales golpearon a Grimaldo y a Román afuera del local. El escándalo se hizo presente hasta en la calle, y en ese momento, en el que la gritería y los insultos descollaban sobre todas las cosas, un misterioso hombre de sombrero puntiagudo y de una negra túnica se hizo presente de entre la muchedumbre. Poseía una mirada profunda y amenazante, y ciertamente estaba ofendido por el hecho de haber sido engañado y haber consumido carne humana.

–¡Maldito! –le gritó a Román– ¡Cómo te atreviste a darme semejante alimento! ¡Cómo osaste a engañar al gran brujo Basilio Cuervo!

Román se levantó a duras penas con el rostro ensangrentado.

–A mí qué me dices –dijo, casi balbuceando–, si yo tampoco sabía que la carne era humana.

–¡Mentira! –espetó Basilio–. ¡Tú y tu compañero van a pagar muy

caro esta ofensa!

En eso, un grupo de personas se santiguaron.

–¡Se van a arrepentir de esto! –dijo Basilio– ¡Se los juro!

Luego pronunció un juego de palabras en una lengua extraña, era en realidad un conjuro maléfico, del cual Román y Grimaldo sucumbirían.

–El día en que mueran reencarnaran en algún tipo de animal –les dijo Basilio–; nunca sabrán de qué tipo, sino hasta el día en que ya lo sean, y será después de tres meses de haber muerto.

Luego de proferir sus últimas palabras, soltó una risotada espectral y se marchó con la mirada encendida. Basilio era el brujo más poderos de toda la ciudad, y decían las malas lenguas que tenía un pacto con el mismísimo Satanás.

Quizás el destino indomable de Román estaba marcado de por vida, o el hecho de que su padre cometiera actos inapropiados en el pasado propició su desventura, en cualquiera de los casos lo odió, ya no sentía ningún respeto hacia su padre, ya no había recuerdos felices que festejar, ni fechas que memorar, sólo había un cúmulo de sinsabores que le retorcían las entrañas, era una sensación extraña odiar a alguien que ya murió.

Dos días después de haber sido puesto en prisión, Isaura pagó la multa de sesenta mil pesos para liberar a Román, mientras que Grimaldo nuevamente fue internado en un hospital psiquiátrico, ya que después de una evaluación, se comprobó que padecía algún tipo de locura, aunque, tres días después, Grimaldo se suicidó con una camisa de fuerza que una imprudente enfermera olvidó debajo de su cama.

Esa misma noche, Román le contó a Isaura el tema de Basilio Cuervo, y del hecho de que les había lanzado una maldición a él y el desdichado Grimaldo.

–Dónde tienes el amuleto», le preguntó ella.

–Aquí, en el bolsillo del pantalón –repuso él.

–Pues nunca te deshagas de él –dijo ella–, porque de eso depende tu bienestar. Recuerda muy bien lo que te dijo mi abuela, y haz caso de todo lo que te diga.

–Así lo haré, amor –dijo él.

Las noticias respecto al acontecimiento en el restaurante La Oveja de Papel se dispersaron por toda la ciudad, y hora Román era famoso y

temido, pues siempre quedó en la memoria de todos como el hombre que vendía carne humana en un restaurante. Intentó en vano regresar a trabajar en La Fauna, aunque sin éxito, ni siquiera su antiguo jefe lo admitió, dado el nivel de controversia y escándalo que suscitó su mala empresa. Por otro lado, los hermanos de Isaura tampoco veían con buenos ojos a Román, y poco a poco fueron incubando una serie de prejuicios respecto a su persona, como el hecho de que era un caníbal pasivo y que sólo buscaba una nueva oportunidad para darle rienda suelta a sus desvaríos. Además, para empeorar las cosas, decían que un hombre amenazado ponía en peligro a todos quienes lo rodean. Pero Isaura no pensaba igual; siempre lo quiso sobre todas las cosas, y no le importaba lo que los demás dijeran.

Esa misma tarde, Román había caído en las redes de la tristeza; pensó que su vida no tenía sentido, que tal vez Isaura no era la mujer para él, porque nunca habían vivido una felicidad plena sin las tribulaciones del destino; que sus hermanos nunca aceptarían su relación; que la sombra de su padre siempre lo perseguiría, y que la ciudad que amaba parecía darle la espalda, ya que también el recuerdo de Grimaldo era otra sombra tenebrosa que lo acechaba por todos los rincones de la ciudad. Y en un arranque de desesperación, vendió su único televisor para comprar licor y embriagarse. Salió a perderse a las calles de la ciudad, y después de vagar y vagar por calles y callejones solitarios, terminó nuevamente frente a la puerta de Isaura; estaba completamente desnudo, pues momentos antes lo habían asaltado.

Al día siguiente, Isaura lo bañó con agua fría y le preparó pollo asado con arroz. Por fortuna en ese momento no estaban sus hermanos, y disponían de todo el día para platicar. En realidad fue la primera vez que Isaura estaba sumamente molesta con él, pero Román parecía impasible.

—Estás perdiendo la vergüenza, Román —le dijo ella—. Mira que llegar a mi casa desnudo. ¿Qué, no te da vergüenza, o te vale?

—No es que me valga, sino que ya no puedo lidiar con mi suerte, amor —repuso él.

—Deberías buscar otro empleo —dijo ella—, porque la cocina ya quedó en el pasado; nadie te va a dar trabajo sabiendo lo que pasó.

—Yo te entiendo, pero no fue toda mi culpa —dijo él—. Recuerda que Grimaldo estuvo mucho tiempo en una casa de locos; yo que iba a saber que tenía semejantes planes, además toda la culpa fue de él, y no mía.

—Bueno, sea lo que sea las cosas tienen que cambiar —dijo ella—. ¿Y por cierto, dónde tienes tu amuleto?

Román se quedó en silencio por un momento, luego admitió.

–Se quedó en la ropa que me robaron –dijo él.

–¡Ay, Román! –dijo–, yo no sé qué voy a hacer contigo.

–Podríamos ver una película –dijo él, en un tono divertido.

–Lo veo difícil –recuerda que mis hermanos no están, y nunca se sabe cuándo van a regresar, además tienes puesta su ropa, y si se enteran me matan. Será mejor que te vayas para tu casa y te cambies de ropa, luego regresas y me entregas la que tienes puesta.

Román se levantó de su silla favorita, esa silla artesanal que un día intercambiaron por un gran oso de peluche.

–Está bien, amor –dijo él, al momento de marcharse.

Mientras Román salió por la puerta, Isaura se dispuso a hacer la limpieza. Tomó cada uno de los platos de la mesa y los puso en el lavabo, vertió el jabón, y mientras el agua corría por las mezcladoras se sentó en una de las sillas de la cocina. Pensó en su vida y en la de Román, y en cómo sería si se mudaran de ciudad, de un momento a otro, también pensó en la posibilidad de tener hijos, y hasta los imaginó verlos crecer con la dulcedumbre de un seno familiar. Momentos después, se levantó de la silla y cerró el agua del lavabo, corrió la cortina de la ventana para dejar entrar un poco de luz, y después dirigió su mirada hacia algún punto del cielo azul. Y de pronto, en ese pequeño instante de paz y serenidad, en el silencio de una mañana tranquila, escuchó siete impactos de bala muy cerca de ahí. Bajó las escaleras a las volandas, y se dirigió hacia la puerta. Frente a su casa, en el asfalto, estaba Román tirado con siete agujeros de bala en el cuerpo. cinco en el pecho y dos en la cabeza, la sangre se dispersó causando la estupefacción de los viandantes.

–¡Romaaaaaaaaaán! –gritó Isaura–!Nooooooooo!!Por qué tú, mi amor!! Malditos asesinos! Por qué tú, por qué tú, amor... Por qué, mi amor...

Tres meses después

Y así..., mientras Isaura contempló el palomo sobre el espaldar de la silla, los recuerdos la llevaron hacia un pasado evocador, hacia el recuerdo de un ser amado. Nunca imaginó que los poderes de Basilio Cuervo tuvieran tal magnitud. Quizás el palomo no tenía la facultad de sentir consciencia, pero en su interior se sentía atraído por Isaura, además el corazón guarda un vínculo con los rostros, e indudablemente el de Isaura era el más importante. Isaura tomó el palomo entre sus manos, se sentó en la silla y le dijo entre lágrimas: «es tu silla favorita, mi amor». Te cuidaré por el resto de tus días.

Isaura nunca imaginó que Román retornase en un ave.

Fin